

**NEHA
DIXIT**

INDIA

Este es un extracto de la publicación

“**#JOURNALISTSTOO – LAS PERIODISTAS TOMAN LA PALABRA**”,

publicada aquí: [LINK](#)

**LAS MALAS
MUJERES LEVANTAN
LA CABEZA**

“EL PERIODISMO

NO ES

**PARA LAS
MUJERES**

DECENTES

Y DE BUENA

FAMILIA

dijo en 2003 mi abuelo, patriarca de una familia brahmánica conservadora del norte de la India, que había sido funcionario de la administración y defendía valores tradicionales. Así reaccionó cuando anuncié a mi familia, que nunca había enviado a ninguna chica a otra ciudad a estudiar, que quería ir a Nueva Delhi, a 500 km de mi ciudad natal, Lucknow, para cursar la carrera de periodismo. Mi rebelión contra esta decisión patriarcal, apoyada por mi madre y mi hermano, me granjeó una mala reputación en la familia y se saldó con un boicot social y el enojo de un padre susceptible que no me visitó en los tres años siguientes. Mi carrera profesional de doce años como periodista de investigación no constituye un logro menor.

Una periodista debe luchar todos los días de su vida con una espada de doble filo, ya que además de resistir a la misoginia inherente y a las estructuras patriarcales en el seno de su familia, debe enfrentarse a acusaciones penales, a repetidos ataques de troles en línea con fotos trucadas, amenazas de violación y muerte, acusaciones difamatorias, así como al acoso sexual y el sexismo en los propios órganos de prensa. Tal vez este no sea un mensaje alentador para las chicas de pequeñas localidades que aspiran a demostrar su valía en la gran ciudad. Pero lo que sí es cierto es que allí estarán solas, así que más vale que, para bien o para mal, se endurezcan.

En 2008, entrevisté a uno de los dirigentes de un tribunal de pacotilla –conocido como “Khap Panchayat” en la India– que había condenado a seis matrimonios a sentencias de “asesinatos por honor” por el delito de elegir libremente a sus parejas. En medio de la entrevista, se detuvo a mirarme y me dijo: “Si fueras una mujer de nuestro clan, y pasearas con un cámara masculino como haces ahora, te aplastaríamos con un camión como castigo por deshonar a la comunidad”. Esas amenazas directas – además de los reportajes de investigación en los que la mafia minera perseguía mi vehículo, o los políticos hacían insinuaciones sexistas o comentarios fuera de lugar, y mis jefes se comportaban de manera obscena en la oficina– marcaron mis primeros años en el periodismo. Los órganos de prensa para los que trabajaba acogieron con estupor y conmiseración las amenazas que recibí en el desempeño de mi labor, pero no me apoyaron ni tomaron ninguna medida al respecto. Tampoco tenía sentido contar estos percances a la familia. Habría implicado dar la razón a los patriarcas y verme obligada a hacer las maletas y volver a casa.

A partir de entonces entendí que la valentía no es una virtud, sino una necesidad para las periodistas. Hay que aceptar con calma las amenazas, los abusos, el sexismo y el acoso. ¿Por qué? En primer lugar, para que no se te asignen historias “intranscendentes” y “ligeras” y poder cubrir temas más difíciles. En segundo lugar, porque no existe ningún mecanismo interno que te ayude, ni dentro de la organización ni en los órganos de prensa externos. En tercer lugar, porque es la única manera de poder seguir ejerciendo tu profesión y vivir la vida que has elegido, como mujer independiente.

En los últimos años, he informado sobre

LA TRATA DE SERES HUMANOS,
LOS ABUSOS A MENORES, LA
VIOLENCIA DE GÉNERO, LOS
DISTURBIOS SECTARIOS, LAS
PRESUNTAS EJECUCIONES
EXTRAJUDICIALES COMETIDAS
POR MIEMBROS DE LA
POLICÍA INDIA, LAS MAFIAS
MINERAS, LOS ENSAYOS
CLÍNICOS ILEGALES Y
LOS FUNDAMENTALISTAS
RELIGIOSOS E IDEOLÓGICOS

En todo ese tiempo, las amenazas y los abusos han cambiado de forma, pero jamás han desaparecido.

Antes, cada vez que recibía una citación judicial por un reportaje, los jefes de redacción lo consideraban un verdadero triunfo, una prueba de que el reportaje había tenido repercusión. Por lo menos, parecía que se aplicaba la legislación nacional. Los y las periodistas podían defender sus artículos y exponer los hechos en su comparecencia ante los tribunales. Sin embargo, desde hace cinco años, los y las periodistas de la India se enfrentan a nuevas formas de presión mucho más peligrosas: campañas de ataques en línea por un ejército de troles a sueldo, y el riesgo de agresiones físicas por grupos fundamentalistas. En un país que tiene una de las poblaciones menores de 25 años más elevadas del mundo y padece una grave crisis de desempleo, varios estudios han revelado que determinados partidos de derechas, incluidos los que están en el poder, han contratado a jóvenes sin empleo para trabajar como troles a cambio de salarios ridículos. Esta situación suscita dos preguntas que se podrían hacer extensivas a un gran número de sociedades. ¿Cómo se puede ejercer el periodismo ante la aparente escasa voluntad política? ¿Y cómo es posible que algunos agentes políticos sigan sin rendir cuentas a pesar de que impiden la libertad de expresión básica y promueven una cultura de la misoginia?

LA TAREA DE LOS TROLES EN LÍNEA ES MÁS FÁCIL CUANDO EL OBJETIVO ES UNA MUJER.

LO ÚNICO QUE TIENEN QUE HACER ES CUESTIONAR SUS INTENCIONES, SU LIDERAZGO, SU INTELIGENCIA Y SU MORALIDAD.

Cuando se trolea a los hombres se les acusa de corrupción o de estar “comprados”. Cuando se trata de mujeres, se las califica de trabajadoras sexuales, actrices porno y amantes de políticos masculinos. De este modo, los troles no solo intimidan a las periodistas, que pueden acabar autocensurándose, sino que también favorecen una pésima calidad del debate público, que se basa más en los juicios populares que en los argumentos intelectuales o jurídicos.

En los últimos años, cada mañana me despierto con fotos de penes, excrementos y largos hilos de Twitter en los que se debate cómo deberían violarme por haber escrito determinada noticia: si debiera ser con una barra metálica o una rama de rosal con espinas. Se publican en línea y con una frecuencia alarmante fotos de mi familia o datos sobre mi residencia incitando al lanzamiento de piedras. Y los esbirros armados de los partidos políticos me dicen que rastrean mis desplazamientos y que pronto me abatirán a tiros.

Al principio traté de argumentar, de exponer los hechos y presentar quejas en la oficina de la ciberdelincuencia del gobierno central; pero como ninguno de mis intentos funcionó, acabé por desarrollar cierta inmunidad e indiferencia. Lo increíble es que haya empezado a ver el lado humorístico del troleo. Si un trol me llama “esposa de un líder de Lashkar-e-Toiba” por escribir sobre las violaciones masivas de mujeres musulmanas en el marco de la violencia sectaria, me pregunto por qué soy yo la esposa y no la líder. Ni siquiera los troles me reconocen capacidad de liderazgo como mujer.

De manera extraoficial, los altos cargos policiales me llaman de vez en cuando para decirme que, en caso de que siga informando sobre las ejecuciones extrajudiciales y los tiroteos de la policía, saben dónde vive mi madre. En alguna ocasión en que salía sola a hacer reportajes, **me han encerrado en seminarios religiosos y me han pedido que controle mi comportamiento como mujer.** He sido perseguida por confidentes de la policía que gozan de la total impunidad del Estado. A falta de voluntad política para impedir el ataque a las periodistas, la única manera de afrontar estas situaciones es la perseverancia y la determinación individual.

Me molesta ver que, en este mar de ataques, troleos y abusos, mi identidad se haya reducido a la de una víctima. Una persona que es objeto de numerosas amenazas y ataques. En este discurso, se diluye el trabajo periodístico y los temas que se abordan: las mujeres pobres de la clase trabajadora, las minorías religiosas, los derechos humanos y la marginación de las poblaciones tribales y las castas desfavorecidas, los llamados “intocables”.



LA FUERTE PRESENCIA DE INTERESES PRIVADOS

en los medios de comunicación y los vínculos que genera entre empresa y política constituyen un obstáculo al periodismo de investigación y de terreno basado en los hechos. Ante esta disyuntiva, empecé a trabajar como periodista independiente. Si bien esta decisión me permitió publicar las historias que quería contar, en cambio me privó del apoyo institucional

necesario para hacer frente al acoso y a las denuncias penales presentadas contra mí en zonas lejanas.

Dada la magnitud de estas amenazas, he decidido no presentar más denuncias. Me doy cuenta de que, si persisto en mis querellas, en un contexto en el que el propio gobierno parece incapaz de frenar el problema de forma eficaz, ya no tendré tiempo de dedicarme al trabajo por el que abandoné mi ciudad natal, esto es, informar sobre los marginados y contar sus historias.

La mayoría de los y las periodistas que se mantienen fieles a su deber son amenazados, atacados y maltratados. Gauri Lankesh, una veterana periodista afincada en el Estado de Karnataka, en el sur de la India, fue asesinada a tiros en septiembre de 2017. El equipo especial encargado de la investigación descubrió que los 18 implicados pertenecían a un grupo religioso fundamentalista que justificó el asesinato con una cita extraída de un libro religioso: “no matar a un malhechor es un pecado; la violencia contra los malhechores es no violencia”. El equipo especial de investigación confirmó que los asesinos formaban parte de una “organización criminal”. El hecho de que se identifique a una periodista como “malhechora” muestra hasta qué punto las periodistas suponen una amenaza para las sociedades patriarcales. No es de extrañar que hace muchos años me dijeran que el periodismo no es para mujeres “de buena familia”.

Hay un proverbio hindú que dice que:
“La tortuga avanza cuando levanta la cabeza”.

**LO MISMO OCURRE CON
LAS “MALAS” MUJERES.**



Neha Dixit

Foto: Committee to Protect Journalists